

INTRODUCCIÓN

Honorio M. Velasco

La Antropología une pasiones y prácticas. Las propias y las ajenas. Ésa debió de ser una de las enseñanzas de Evans-Pritchard que recogieron Julian Pitt-Rivers y Julio Caro Baroja, a juzgar por el «milagro» que le envió éste a aquél (y que va contenido en este volumen), pero a juzgar también por el breve «*curriculum vitae*» que redactó el propio Julian de sí mismo (y que asimismo se incluye en este volumen).

Una pasión como la que aflora constantemente en *The People of the Sierra* y que está ya en la primera motivación que le llevó a Grazealema en busca de los anarquistas. Pero que sobre todo hace comprensible esa especial captación de la realidad social que trasluce toda la obra y que es capaz de contagiar al lector. Son muchos los que han reconocido que la lectura de esta monografía les proporcionó un conocimiento no meramente intelectual, sino transido a la vez de goce y de inquietud. Por mi parte ahora sé que esos sentimientos encontrados se debían a cómo Julian nos hacía partícipes de una pasión. En numerosas ocasiones le oí decir que la traducción debida de *People* debía ser «pueblo», una palabra evocadora con la cual quería referirse a la vez a las personas concretas con las que convivió y al conjunto de ellas al que pretendió incorporarse. El pueblo como pasión importaba para Julian todo ese amplio espectro de asuntos que luego se convirtieron en obsesiones: la hospitalidad, el honor y la vergüenza, el compadrazgo, la amistad, la gracia, ... es decir todo eso que él mismo ha desglosado en su propio curriculum. Pero sobre todo el pueblo era ese todo social en el que fue buscando una estructura (social) y acabó encontrando vida (social).

La bibliografía de Julian Pitt-Rivers es un recuento de sus pasiones. Es el resultado de sus trabajos de campo entre gentes distintas en Andalucía, Francia, Chiapas y los Andes, pero también es resultado de acontecimientos biográficos, de los encuentros y de las vinculaciones con personas, el rey Faisal, Evans-Pritchard, Steiner, Carande, Caro Baroja, Redfield, Foster, Dumont, Peristiany, Lévi-Strauss, las gentes que le acogieron en la Ribera de Gaidóvar, los de Fons, sus amigos toreros,... Es fácil apreciar que *The People of the Sierra* está lleno de encuentros. Él era en Grazalema un forastero que, aunque «tratado con gran cortesía y hospitalidad» e «invitado a un vaso de vino en el casino» (p. 61, *Un pueblo de la sierra*), se vio pronto rodeado de desconfianza y que captó enseguida «la gran importancia de tener amigos» (p. 62, *Un pueblo de la sierra*). A veces su etnografía se presenta como si se tratara de experiencias biográficas cuya confesión parece que debiera sorprender por su falta de pudor. (Del mismo modo que en la conversación con él habitualmente parecía que pretendiera causar sorpresa con sus continuos intentos de expresar emociones contenidas). Se trasluce claramente en pasajes de *La ley de la hospitalidad*, donde escribe: «Mis propias experiencias en relación con la hospitalidad en el pueblo que he llamado Alcalá no dejaron de ser significativas» (p. 161, *Antropología del honor*). Lo eran, sin duda, aunque también es lo que refleja su particular sensibilidad hacia las posiciones ambiguas —forasteros-huéspedes-mendigos-personas sagradas— hasta el punto de que en un tiempo se llegó a proponer abordarlas específicamente, relacionándolas con las contradicciones advertidas en el ritual (p. 255, *Un pueblo de la sierra*).

A pocos se oculta que la primera parte del ensayo *Honor y categoría social* no tiene etnografía de respaldo, salvo la que Julian aporta de su entorno familiar y social. No parece que fuera nunca cuestionado por ello. La sutileza de las expresiones es reveladora: «El honor, por lo tanto, proporciona un nexo entre los ideales de una sociedad y la reproducción de esos mismos ideales en el individuo, por la aspiración de éste a personificarlos. Implica no sólo una preferencia habitual por un determinado modo de conducta, sino la adquisición del derecho a cierto tratamiento como recompensa. El derecho al orgullo es el derecho a la categoría, y la categoría se establece por el reconocimiento de cierta identidad social» (p. 22, *El concepto del honor...*). El honor pudo ser para Julian una pasión redimida. El modo como enfrentó honor=precedencia y honor=virtud lo muestra.

Siempre supo que la amistad contenía una paradoja, que formuló como una entrega incondicional que, sin embargo, estaba basada en la reciprocidad y en la simpatía mutua. En *The People of the Sierra* aparecía entrelazada con la autoridad, y esto debe leerse dentro de la trama general del libro cuya finura de tratamiento no siempre ha sido apreciada en su justa medida. La amistad está igualmente entrelazada con el parentesco ficticio —que no

tiene nada de ficticio como advirtió reiteradamente— y comporta la obligación de confianza absoluta a la vez que un respeto a la dignidad del otro. El compadrazgo —indica distanciándose de Foster y de Mintz— se sitúa en una esfera en la que la confianza es de vital importancia, pero insegura, de forma que la garantiza. La trasmutación de la amistad en deber sagrado que se realiza en el compadrazgo fue para él un punto nuclear de reflexión y un estímulo intelectual desde el cual replantear un análisis global de las relaciones sociales, lo que de hecho comportaba un hábil rodeo al «parentesco» que tanto obsesionaba a muchos de sus colegas ingleses.

Pero la etnografía de Julian Pitt-Rivers es un recuento de las pasiones ajenas. Las que seguramente a él le conmovieron. Y todos esos «asuntos» antes citados y otros tantos le llevaron continuamente a transgredir un principio antropológico —entonces mantenido a rajatabla— de no centrar el estudio en personas concretas (p. 29, *Un pueblo de la sierra*). Por supuesto que esto pudo estar disfrazado de un interés por el estudio de los valores, pero no tan disfrazado que no acabe desvelándose y casi siempre desde la experiencia de otras concretas personas. En la Ribera de Gaidóvar los conflictos del agua eran continuos. La hombría era puesta a prueba en cualquier momento. La escena aquella en la que un hortelano desafió a otro cuando no había dejado pasar el agua a la hora convenida diciéndole: «Estaré en el cau' a la hora de cortar y si tienes cojones ven» (p. 121, *Un pueblo de la sierra*), está cargada de tanto de la trascendencia del valor, sino de esa pasión viva con la que se defiende, y cuya muestra de que Julian la había captado era su forma de contarnos la escena cuando la recordaba, reproduciendo posturas, ademanes y tonos.

Las razones para haberse fijado con interés en la cencerrada, o más bien el vito, están fundamentalmente justificadas desde el argumento central de confrontación entre «ley» y «moralidad»; aunque propiamente no asistió a ninguno, las informaciones recibidas debieron convencerle de que se trataba de una situación de efervescencia de las pasiones. Un «estallido», dice repetidamente. Sin dejar de advertir que trabaja al servicio de la monogamia y en contra del romanticismo en las relaciones entre sexos (p. 193, *Un pueblo de la Sierra*).

En *La ley de la hospitalidad* hay un largo pasaje dedicado a los mendigos, en particular a los mendigos andaluces que piden ayuda en nombre de Dios, los «pordioseros». Lo que Julian subraya en ellos es la vergüenza de pedir, especialmente la de aquéllos, los «pobres», que se ven obligados a vivir de la caridad en su deambular en búsqueda de trabajo, los que suelen adoptar un «estilo ceñudo y viril» (p. 159, *Antropología del honor*). El pobre con honor, el que sufre de humillación, es el que está reflejado en ese episodio de las memorias de Juan Belmonte, cuando recibió como contestación de un cortijero de Utrera un expresivo «Dios le ampare, hermano». Y muestra

cómo se le cayó la cara de vergüenza, le entró un gran desconsuelo y una terrible indignación.

Caben numerosas ilustraciones, hasta incluso haber leído en esa clave el Génesis, como muestra *El destino de Siquem*, el príncipe que violó a la única hija mencionada de Jacob. Habiendo leído esa historia de pequeño le dejó perplejo —confiesa (p. 221, *Antropología del honor*)— al ver cómo dejaba a los patriarcas en una posición deshonrosa, como reconocía Jacob.

Por mucho que nos esforzáramos en ir presentando las múltiples facetas de la empatía con la que Julian conectaba con las pasiones ajenas no podría ensombrece el cuidadoso trabajo con el que conseguía un amplio dominio de las prácticas sociales. Releyendo su obra se encuentra por todas partes el resultado de un aprendizaje metódico y un seguimiento atento de las secuencias de los procesos de trabajo, de las interacciones sociales, de las intervenciones institucionales, etc. Ya he subrayado en un estudio anterior hasta qué punto Julian nos ayudó a modificar el umbral de lo obvio al resituar bajo el foco de lo relevante prácticas sociales de esas que forman lo más anodino de la vida cotidiana. En el fondo puede haber sido un buen antídoto contra el afán enfermizo de exotismo que caracteriza a la antropología clásica. Pudo haber causado sorpresa en su momento la inclusión del viaje aéreo en un volumen sobre el ritual en las sociedades contemporáneas, pero nada tiene de extraño que Julian lo hiciera. Al menos podría decirse que con ello reflejó algo del impacto que el uso de este medio de transporte ha tenido en las poblaciones europeas durante buena parte del siglo XX. Pero fundamentalmente las prácticas sociales han sido para él la red activa por la que discurren, como si de la corriente eléctrica se tratara, los valores. El honor, la hospitalidad, el parentesco espiritual, la gracia, la hombría y la vergüenza, el lucimiento, el don, etc., tienen en las prácticas sociales su consistencia. Los valores no se exponen sin otra realidad social que la que les proporcionan las prácticas.

Muchos de los que convivimos con él en el campo (en los distintos campos) hemos coincidido hablando de Julian que le veíamos allí «como en su salsa». Es una forma de decir que se le notaba apasionado y con un especial dominio de las prácticas etnográficas. No escribió sobre ello, salvo las notas que aparecen en el epílogo a la edición española de *Un pueblo de la sierra* de 1989. En realidad, se limita a enumerar sus instrumentos de registro de datos. De la agudeza de su observación, de la intensidad de su participación y de sus habilidades como conversador no dice apenas nada, aunque es lo que se adivina en toda su obra. Supongo que los que hemos trabajado en comunidades rurales estamos en disposición de valorarlo por semejanza y por contraste con la labor propia. Si bien estoy convencido de que no le hubiera importado nada —antes al contrario— atribuir a sus informantes las virtudes de su etnografía. En muchos sentidos, como reconoció, para él España y An-

dalucía fue su reino de Jauja (p. 256, *Un pueblo de la sierra*), ése en el que, no sin ambigüedades y contradicciones, se produce «el intento de hacer que la realidad se corresponda con las metas que ambicionamos en nuestra vida».

Este volumen está realizado *en honor* suyo. Y él sabría qué (más que cuánto) importa aquí el honor invocado. Mi agradecimiento más sincero para cuantos han colaborado en llenarlo de contenido, componerlo y publicarlo. A Françoise, que generosamente ha cedido manuscritos, cartas, borradores, notas, de Julian y que así facilitará el acceso de todos a su obra y también por cultivar su recuerdo y por dolerse de la soledad en la que la dejó su muerte; de modo especial a Dominique Fournier y a Luis Díaz por su ayuda eficaz, y a todos y cada uno de los autores que con sus textos no sólo han recorrido sendas intelectuales por las que Julian también transitó, sino que reproducen esos pasos que ahora para todos nosotros son ya las huellas de quien se fue, pero que al contemplarlas pensamos que aún está.

